

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL SITIO DE QUERETARO Y EL CERRO DE LAS CAMPANAS



MAUCCI HOS MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

Última serie.—Época moderna

El Sitio de Querétaro

Y

El Cerro de las Campanas

POR

HERIBERTO FRIAS

Propiedad exclusiva de los
señores Maucci Hermanos.

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS. — PRIMERA DEL RELOX, 1.

1901



El Sitio de Querétaro

¡El segundo emperador que pretendieron imponer en nuestra patria los enemigos de la libertad y del progreso—¡malos mexicanos!—va á sucumbir tristemente á orillas de la hermosa ciudad de Querétaro, allá en el cerro de las Campanas.

No fueron los republicanos los que lo fusilaron... fueron los mismos que en su castillo de Miramar le ofrecieron sin derecho ni representación la corona de una patria libre!... ¡Infeliz!

Como todo lo que se apoya únicamente en la fuerza bruta; como todo lo que carece de la base firmísima é incontrastable de los principios, el imperio de Maximiliano, apoyado solamente por las bayonetas francesas, teniendo

en su contra la opinión pública, la conciencia del pueblo mexicano y el derecho, no podía absolutamente subsistir.

Los dos primeros años todo se presentó perfectamente; las fuerzas invasoras bien armadas y equipadas, auxiliadas por los traidores, recorrieron la República en todas direcciones, haciéndose dueñas de las capitales de importancia, de las ciudades donde había más elementos, en tanto que los patriotas, los buenos hijos de México, los soldados de la causa liberal, arrostraban todo género de privaciones, de fatigas; de persecuciones y sufrimientos.

Pero la fe en el triunfo era inquebrantable en estos valientes; ellos estaban penetrados de la justicia de la causa que defendían, y jamás se desanimaron ante los reveses ni retrocedieron ante los obstáculos: todo lo sufrieron y todo lo vencieron: hambres, fríos, desnudeces, derrotas; no olvidéis, queridos niños, esta época luctuosa para México que se conoce en la historia bajo el nombre de Intervención Francesa; durante ella se aquí ataron el valor, el patriotismo y la abnegación del pueblo mexicano; durante ella demostró éste las bellas cualidades que lo adornan y que lo hacen grande, noble y digno.

Entre tanto que el intruso Archiduque de Austria fingía como emperador y se rodeaba de todas las pompas y vanaglorias de la corte, Juárez, el severo presidente de la República, se instalaba en Paso del Norte, en una obscurísima y modesta población situada allá en la frontera, á quinientas leguas de la capital, población que hoy en su honor lleva el nombre de Ciudad Juárez.

Y allí en humilde casa, con tanta dignidad y decoro como si se encontrase en el Palacio Nacional de México, desempeñaba las múltiples y arduas, entonces más que nunca, labores de su alto encargo; desde allí gobernaba á la nación y esperaba tranquilo, impasible, inalterable, que sonase la hora de la justicia.

El espíritu público se había levantado terrible, formidable, en Francia en contra de la intervención, y aunque en un principio el déspota que ocupaba el trono de aquella nación, estaba firmemente resuelto á llevarla á cabo, después al ver las tremendas dificultades que se le presentaban, la tenaz é indomable resistencia de los mexicanos, las fabulosas cantidades de dinero que ya importaban la expedición y la corte de Maximiliano, y la sangre francesa derramada en los campos de

batalla, empezaba á vacilar en su determinación.

Pero un acontecimiento inesperado vino á poner fin á las vacilaciones de Napoleón tercero, emperador de los franceses, á obligarlo á abandonar la empresa en que loca é injustificadamente se había metido, y á retirar sus tropas de México, dejando así sin apoyo y abandonado á sí mismo al vacilante imperio de Maximiliano.

El Gobierno de los Estados Unidos del Norte, que en la tentativa de Napoleón de establecer en México una monarquía, había visto un ataque á las instituciones republicanas y á la doctrina profesada por esa nación desde hace muchos años, de no permitir la intervención de las naciones europeas en los asuntos interiores de los países americanos, ese gobierno, queridos lectorcitos, vió desde un principio con muy malos ojos la empresa napoleónica y jamás reconoció el imperio de Maximiliano, prestando con esto un fuerte apoyo moral al gobierno republicano representado por el señor Juárez.

Como aquella nación se encontraba por entonces envuelta en una colosal guerra civil, no pudo por lo pronto oponerse de otra manera á las tentativas de la Francia.

Mas la guerra civil que dividía á los Estados Unidos terminó el año de 1865; la paz se restableció y entonces el Gobierno de aquel país se consideró suficientemente fuerte para intervenir en la cuestión franco-mexicana.

A consecuencia de esto, el Ministro de Relaciones exteriores de aquella república, Mr. Seward, dirigió una nota formidable, terrible, al emperador de los franceses, manifestándole el profundo desagrado con que los Estados Uni-



dos veían la intervención francesa, exigiéndole que retirase sus ejércitos de México y amenazándole con la guerra en caso de que no cediese.

El déspota francés, temeroso de un conflicto con aquella poderosa nación, se vió obligado á ceder, y en consecuencia ordenó la retirada de sus tropas.

En vano la emperatriz Carlota, la desventurada esposa del infeliz Maximiliano, fué á París á suplicar á Napoleón que no abandonase á su espoio en tan angustiosa situación; sólo alcanzó dolorosas repulsas y desaires del monarca que laceraron su corazón y perturbaron su juicio.

Aun vive la infeliz Carlota, la en un tiempo aclamada emperatriz de México, loca y anciana, ya vagando por las frías y desiertas salas de un castillo situado en las cercanías de Bruselas.

Maximiliano agravó más aún su situación y se contrajo en el más alto grado el odio de los mexicanos, en un decreto sanguinario que firmó el 3 de Octubre de 1865, en que consideraba como bandidos, ponía fuera de la ley á todos los patriotas que con las armas en la mano sostuviesen las instituciones y los sagra-

dos derechos de su patria, ordenando su inmediata ejecución.

Víctimas de ese decreto bárbaro fueron muchos nobles y valientes patriotas, siendo los primeros á quienes se aplicó, los generales Arteaga y Salazar, mártires abnegados cuyo inmortal recuerdo guarda con cariño la patria agradecida.

Pero llegó al fin la hora en que debía cesar tanta iniquidad.

Los ejércitos franceses, obedeciendo al llamado de su señor, abandonaron el territorio mexicano, y el desdichado emperador, que por un momento estuvo á punto de embarcarse para Europa y salvar así su vida, ya que la corona se le caía de las sienes, desistió de esa idea, y alucinado todavía por falsas esperanzas, se arrojó por completo en los brazos del partido conservador y resolvió luchar hasta morir defendiendo su trono, que se derrumbaba.

Volvieron á encontrarse en la vasta extensión de la República los dos partidos, envueltos en tremenda lucha, que esta vez iba á ser decisiva.

Todo el país era un inmenso campo de batalla: desde el Norte hasta el Sur, desde el Atlántico hasta el Pacífico, no se oía más que

el pavoroso estruendo de las armas y el grito formidable de ¡guerra... guerra! repercutía en todos los ámbitos del territorio.

*
* *
*

El destino designó como teatro donde debía tener su desenlace aquel drama terrible, á la antigua é histórica ciudad de Querétaro.

Allí se encerró el infortunado Archiduque con lo más florido de su ejército y sus más valientes y esforzados generales, para resistir á las fuerzas liberales que como un torrente impetuoso é irresistible, fueron avanzando de todos los puntos de la República, á sitiar la plaza.

La mayor parte de los caudillos que sin tregua ni descanso habían combatido años y años contra la intervención y el imperio, se dieron cita allí.

El mando en jefe de las numerosas fuerzas republicanas lo tomó el ilustre veterano don Mariano Escobedo, teniendo como segundo al general don Ramón Corana.

Allí se encontraron además los generales Antillón, Regules, Riva Palacio, Rocha, Treviño, Vélez Naranjo, Guadarrama, Jiménez Arce, Vega, Chavarría y otros distinguidos patriotas.

Los sitiados se sostuvieron heroicamente,

haciendo prodigios de valor y verificando á veces formidables salidas en que los patriotas con mucha frecuencia eran rechazados.

El general imperialista don Miguel Miramón, llevó á cabo proezas verdaderamente fabulosas.

Entre tanto el hambre reinaba en la ciudad y la población atravesaba por los crueles sufrimientos del sitio.

En tan crítica situación, el emperador propuso al general en jefe del ejército republicano la entrega de la plaza, siempre que se le garantizase la vida, así como la de sus generales.

Escobedo, que no tenía facultades para conceder esto, exigió la entrega sin condiciones.

El coronel don Miguel López, confidente de Maximiliano, intervino en estos arreglos, cuyo resultado fué la toma de la plaza el 15 de Mayo de 1867.

En la madrugada de ese día dispuso el general Escobedo sorprender el punto fortificado de «la Cruz», operación que encomendó al general don Francisco Vélez y que éste llevó á cabo felizmente, acompañado de otros jefes y del batallón de supremos poderes; tomado el punto, el ejército republicano penetró por allí como un torrente.

Los sitiados, sorprendidos, hicieron inauditos esfuerzos para rechazar á los asaltantes y se entabló una resistencia desesperada; pero todo fué inútil.

Miramón quiso restablecer la moral en sus tropas, mas la prisión de Maximiliano efectuada en el cerro de las Campanas, pequeña eminencia situada á muy poca distancia de la población, hizo que la resistencia terminase.

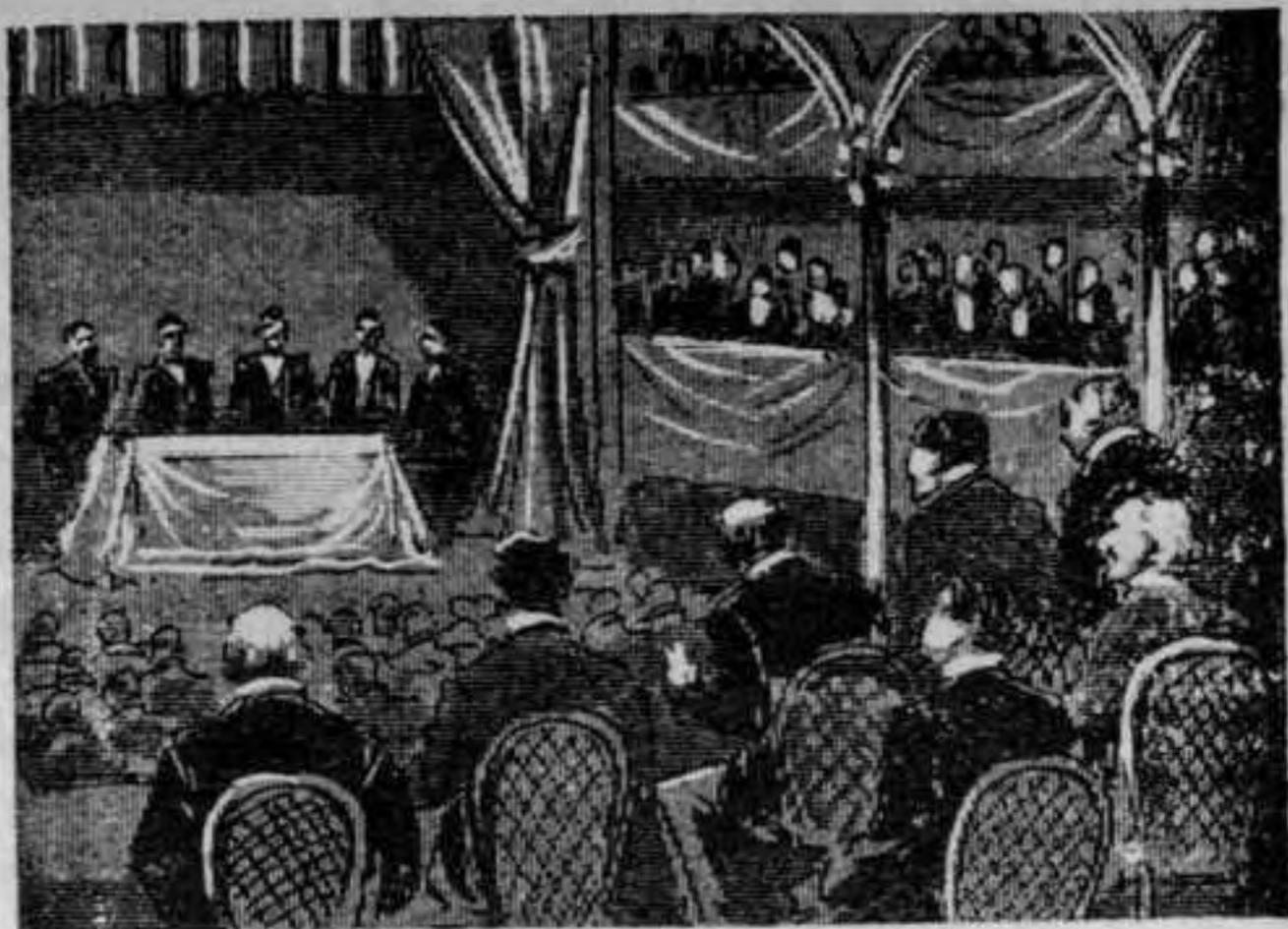
El gobierno legitimo se encontraba entonces instalado en San Luis de Potosí.

Dada cuenta al señor Presidente de la República de la toma de Querétaro, así como de la prisión de Maximiliano y principales jefes de su ejército, el primer magistrado dispuso que se juzgara al Archiduque, á Miramón y á Mejía con arreglo á las prescripciones de la ley de 25 de Enero de 1862,

Desde un principio se pudo penetrar cuál iba á ser el triste fin de Maximiliano y sus compañeros.

La ley era terrible, como dictada en momentos supremos para la salvación de la República.

En vano los defensores del exemperador pretendieron que sólo un Congreso podía juzgar al Archiduque; tan absurda pretensión fué desechada, pues darle cabida hubiera sido



tanto como reconocer en Maximiliano el carácter de jefe de la nación que legítimamente jamás tuvo.

En consecuencia y de acuerdo con lo prescrito por la ley relativa, se instaló en la ciudad de Querétaro, para substanciar el juicio, un consejo de guerra cuyo presidente fué el teniente coronel Platon Sánchez, sirviendo de vocales los capitanes José Vicente Ramírez,

Emilio Lojero, Ignacio Jurado, Juan Rueda, José Verástegui y Lucas Villagrán.

Asesoró la causa el señor Licenciado don Joaquín Escoto y fingió como fiscal el Licenciado don Manuel Aspíroz.

En el teatro de Iturbide y el día 13 de Junio de 1867, se reunió este formidable tribunal que iba á decidir de la suerte de un Archiduque de Austria, de un descendiente de Carlos V, de un personaje augusto perteneciente á la familia más encumbrada, aristocrática y altiva de la monárquica Europa.

.

*
* 2

El fallo del consejo de guerra fué terrible; los culpables fueron condenados á sufrir la pena de muerte.

La sentencia debía ejecutarse el día 16, pero se obtuvo un plazo de tres días.

Los defensores Mariano Riva Palacio, don Eulalio Ortega y don Rafael Martínez de la Torre, cifraron su última esperanza en obtener el indulto, único recurso que les quedaba.

Y pusieron en juego influencias poderosísimas; la más alta aristocracia de México solicitó de Juárez la vida del Archiduque y de sus

compañeros; el cuerpo diplomático en masa, presidido por el barón de Magmus, Ministro de Prusia, la pidió; fué en vano.

El mismo ministro americano, tan respetado por el gobierno liberal, sufrió una repulsa; Juárez se mantuvo inflexible, y desechando el juicio, arrojó sobre sí la responsabilidad de aquel acto tremendo de justicia y se remitió al juicio inapelable de la posteridad y de la historia.

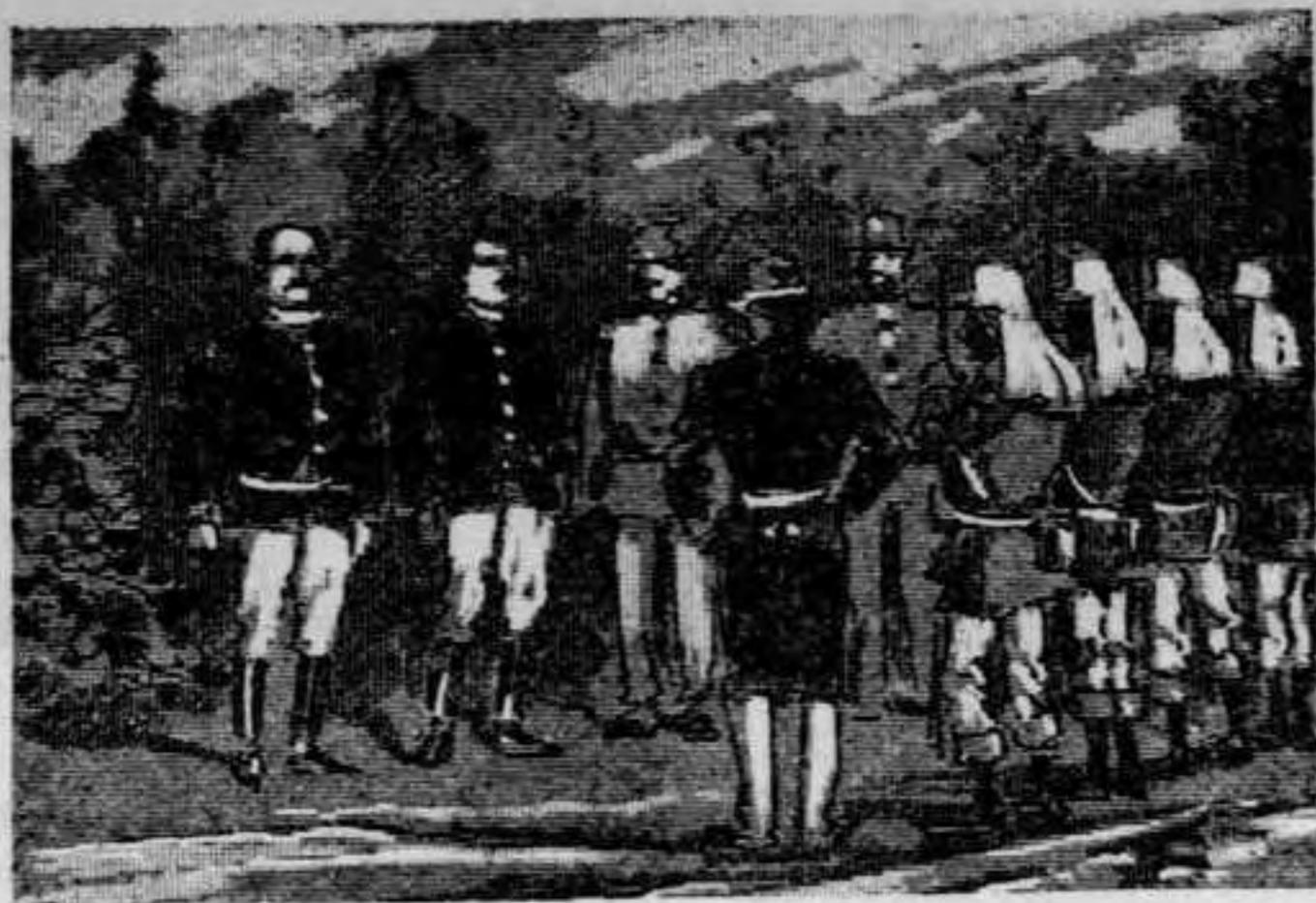
*
* *

La mañana del 19 de Junio, en el Cerro de las Campanas, se verificó el desenlace de aquel drama formidable.

Allí tuvo lugar la triple ejecución. Maximiliano hizo que Miramón se colocase en el centro, honrando de esta manera su valor; él se colocó á la derecha y Mejía á la izquierda.

El Archiduque dirigió á los presentes una corta alocución expresando sus deseos de que su sangre fuera la última que se derramara y que hiciera la felicidad de México.

Su dignidad y valor no se desmintieron un solo instante; fué al morir digno de su raza y de su nombre.



Miramón no desmintió tampoco su renombre de bravo y temerario; únicamente el general Mejía se encontraba algo abatido, acaso por una enfermedad que padeció en sus últimos días.

Sonó al fin la descarga fatal y los tres cuerpos cayeron retorciéndose en las últimas convulsiones de la agonía...

Eran las siete de la mañana y el sol se levantaba resplandeciente en el horizonte.

¡La sangre de aquel hijo de reyes y emperadores, sacrificada por los enemigos de la libertad, iba á sembrar frutos de paz y á preparar el verdadero progreso con el triunfo de la República!

Después de la tragedia del Cerro de Querétaro, México iba á entrar en las vías del progreso y la civilización, pues en la capital iba á entrar vencedor el caudillo de Oaxaca, que en el porvenir realizaría la magna obra de la paz!

¡Eterna gloria á los luchadores, á quienes debemos vivir tranquilos en un país próspero... ellos con sus sacrificios y su sangre hicieron gloriosa y respetada á la Nación Mexicana!...

